

Interacciones Precoces Madre-Bebé

C. Bayo

Madrid

Durante los últimos treinta años, a través de la observación del microanálisis de películas, de cuestionarios y entrevistas de diferente tipo, de seguimientos longitudinales de ciertas variables y de la reflexión y teorización, ha sido posible conocer, entre otras cosas, que el niño es muy sensible a los intercambios con quienes lo rodean. La presencia del bebé, desde recién nacido, desde los últimos meses de vida fetal, se ha convertido, siguiendo estos conocimientos, en presencia de persona. Hace unas décadas, estas edades tempranas eran predominantemente objeto de cuidados físicos, ya que no se consideraban poseedoras de cualidades psíquicas como tales, que justificaran otro tipo de actuación.

Continuar identificando y estudiando nuevas capacidades, especialmente las relacionadas con la percepción social, es objeto de expectación, suposición y esperanza. Esperanza en que la más temprana desviación en el funcionamiento social e intelectual podría ser seguida y relacionada con anomalías en estas capacidades. Si fuera así, se podría dar una explicación de los mecanismos subyacentes que ayudarían a comprender la aparición de desórdenes de desarrollo profundo, autismo,

futuros trastornos de aprendizaje, déficits de atención, diferencias temperamentales y varios problemas de conducta y aptitudes sociales (Stem, 1985).

Se ha realizado, y se sigue realizando, un gran esfuerzo en objetivar qué y cómo es la interacción normal precoz. Quizá sea posible valorar la magnitud de este trabajo, si se consideran la descripción y diagnóstico de interacciones precoces madre-hijo de riesgo o francamente patológicas.

Como refieren varios autores, acerca de las mantenidas por madres adolescentes y sus hijos. Por ejemplo, la preferencia de estimulación es física, más que visual o auditiva (Field, Widmayer, Stringer e Ignatott, 1980, Landy, Clark Schubert y Phillips 1983, Mc Langhlin, Sandler, Sherrod, Vietre y O'Connor 1979, Mercer 1977). Se identifica asimismo, un estilo «no verbal» de interacción (Thormann, 1985), e incluso un significativamente bajo nivel de estimulación en todas las áreas (Schilmoeller y Baranowski, 1985). Otros autores evidencian una menor responsabilidad al bebé, comparándolas con madres más maduras (Jones, Green y Krauss, 1980), y también ausencia de modificación de tonos agudos en la voz para dirigirse al bebé en relación a sincronización con movimientos y cercanía (Mc Arney, Lawrence y Aten 1979).

Sarah Landy describe pobreza en la interacción cara a cara, menos consistencia y sensibilidad a las claves que brinda el niño, en relación a diadas en las que la madre no es adolescente.

Otros autores hacen énfasis en la gran dificultad de manejar el aumento de negativismo y la individualidad emergente del bebé, sobre todo en presencia de nuevos nacimientos (Flech, Devanna, Hagerty y Rebate, 1956, Furstenberg 1976; Khlentsov y Pagliaro, 1965, Mc Anarney, 1985, Mednick, 1979).

El manejo de disciplina es frecuentemente inapropiado, así como el rechazo a la disponibilidad emocional, empujándose al bebé a una separación prematura. Se corresponde con lo anterior la cesión del bebé ante estos conflictos. Se ha podido determinar que adolescentes que maternizaron adecuadamente a sus bebés, e incluso excepcionalmente bien, hasta la edad de 12 meses, encuentran considerables dificultades para arreglárselas con un demandante niño de 3 años (Landy, Grey y Walker, en prensa).

Asimismo, están sobrerrepresentadas en estudios de incidencia de maltrato, negligencia en cuidados básicos y atención a las necesidades de salud y abandono infantil, comparando con la población general (Gil, 1970, Miller, 1984, Oates, Davis, Ryan y Stewart 1979, Spinetta y Rigler, 1972, West y West 1979, Williams 1980).

En recién nacidos de Alto Riesgo de diferente etiología —prematuridad, crecimiento intrauterino retardado, asfisia fetal y sus secuelas, etc—, ha podido observarse en ocasiones, una baja tolerancia a la estimulación, con detrimento de la calidad de interacción, ya que el bebé es, a menudo, un participante poco activo durante un dilatado período de tiempo.

La interacción normal puede verse afectada por otros y variados motivos, como son: incapacidad materna primaria, bajo nivel cultural, diferentes tipos de abandono, donde se incluirían las situaciones de pseudocuidados, etc.

Nos interesa conocer y discutir aspectos de la interacción normal y patológica, porque,

como dice el profesor Kreisler: «Nos vemos obligados a arreglárnoslas ante un bebé enfermo, el bebé real, que nos es necesario comprender tal cual es, en la realidad de cronología actual de su desarrollo. Estamos pues, obligados a recurrir a una teoría».

Una teoría que no se limitará al examen fino de lo que estamos observando, a la que tendremos que dotar de un significado, de un contenido de intercambio psíquico, con el fin de poder «influir tempranamente sobre las definiciones del diálogo, antes de que se consoliden los circuitos de fracaso y de incomunicación» (Cramer, 1990), para intentar cumplir el sueño de los psicólogos y psiquiatras infantiles, que también ha de ser el sueño de los pediatras, puntualiza Kreisler: «poner a raya los procesos mortíferos de los primeros desarreglos psíquicos».

En este sentido, examinamos la conceptualización del Dr. Stern acerca de la sintonización afectiva¹, entendiéndola como una aportación importante para *comprender mejor la normalidad* y, por lo tanto, como un instrumento que nos ayude a *perfilar más objetivamente lo que no es normal*.

«Una serie de autores describen en detalle como cuidadores y niños crean mutuamente las cadenas y secuencias de comportamientos recíprocos que forman los diálogos sociales durante los primeros 9 meses del niño. Lo que sorprende en estas descripciones es que la madre responde casi siempre dentro de una misma modalidad que el niño; si el niño vocaliza, la madre le responde vocalizando, si el bebé hace una mueca la madre se la devuelve. Sin embargo, el diálogo no se limita a una secuencia estereotipada de repeticiones ya que la madre está continuamente introduciendo modificaciones en la imitación o suministrando un formato «tema y variación» con ligeros cambios en su contribución en cada turno. Por ejemplo las vocalizaciones maternas pueden ser ligeramente diferentes cada vez en el «diálogo» con el bebé.

¹ The Interpersonal World of the Infant. A View from Psychoanalysis and Developmental Psychology, 1985, Basic Books, Inc. Publishers New York.

Cuando el niño tiene alrededor de 9 meses, la madre, de una manera que puede entenderse como intuitiva, extiende su comportamiento más allá de la imitación hasta una nueva categoría, que se adapta al hecho de reconocer al niño como pareja de relación potencialmente intersubjetiva. A esta nueva categoría de comportamiento la denominaremos «sintonización de afectos».

Los ejemplos relativamente puros de esta categoría son difíciles de encontrar, no obstante se presentan cinco a continuación, relativamente libres de otros sucesos.

- Una niña de 9 meses está muy excitada con un juguete y trata de alcanzarlo. Al cogerlo, suelta un exhuberante «aah!» y mira a su madre. Su madre la mira a ella, encoje sus hombros y contonea la parte superior de su cuerpo, como una bailarina «go-go». Esto dura sólo lo que duró el ahhh de su hija, pero es igualmente excitado, alegre e intenso.

- Un bebé de 9 meses golpea un juguete blando con la mano al principio enfadado pero gradualmente con placer, exhuberancia y humor. Establece un ritmo estable. La madre coge este ritmo y dice, «kaaaa-bam» «kaaaa-bam», el «bam» coincidiendo con la caricia y el «kaaaa» con la subida de brazo preparatoria y la suspensión del brazo en el aire antes de que caiga.

- Un bebé de 8 1/2 meses trata de coger un juguete que está fuera de su alcance. Silenciosamente alarga el brazo hacia él, doblando y extendiendo los brazos y dedos lo más que puede. Todavía fuera de alcance, tensa su cuerpo para tratar de conseguir el centímetro extra que necesita para alcanzarlo. En ese momento la madre dice, «uuuuh...uuuuh» con un esfuerzo vocal en crescendo, la espiración del aire empujando contra su torso tenso. El esfuerzo vocal respiratorio acelerante de la madre se iguala al esfuerzo físico acelerante del niño.

- Una niña de 10 meses ejecuta una divertida rutina con su madre y luego la mira. La niña «abre» su cara (su boca se abre, los ojos como platos, las cejas subidas) y después la cierra, en una serie de cambios cuya curva

de nivel puede representarse por un arco suave (∩). La madre responde entonando «Yeah», con un timbre de voz que sube y baja mientras el volumen crece y decrece: «Y^{eah}». El contorno prosódico de la madre se ha igualado al contorno facial y cinético del niño.

- Un bebé de 9 meses está sentado de frente a su madre. Tiene un sonajero en la mano y lo sacude mostrando un cierto interés y diversión. Mientras mira, la madre empieza a subir y bajar la cabeza, en estrecha conjunción con los movimientos del brazo del bebé.

Más a menudo la sintonización está tan metida en otras acciones e intenciones que está parcialmente escondida, como en el siguiente ejemplo:

- Una niña de 10 meses consigue finalmente meter una pieza en un rompecabezas. Mira a su madre, echa la cabeza hacia arriba y con un fuerte movimiento de brazos se levanta del suelo en un «ataque» de exhuberancia. La madre dice «Sí, esta es mi niña», el «Sí» muy acentuado, tiene un alza explosiva que refleja el movimiento de la niña y su gesto.

Uno podría argumentar fácilmente que el «Sí, esta es mi niña» funciona como una respuesta rutinaria en forma de refuerzo positivo y ciertamente lo hace. Pero ¿por qué la madre no dice simplemente «Sí, esta es mi niña»? ¿Por qué necesita añadir una entonación intensa al «Sí» que acompaña vocalmente los gestos del niño?. El Sí, en mi opinión, es una sintonización mezclada con una respuesta rutinaria.

La mezcla de sintonización con otros actos es tan común y en la mayoría de los casos tan sutil, que pasará desapercibida a menos que se preste especial atención en localizarla y delimitarla. Son en realidad las sintonizaciones «camufladas» las que dan idea de la calidad de la relación.

Las sintonizaciones presentan las siguientes características:

1. Dan la impresión de que ha sucedido algún tipo de imitación. Aunque no se devuelve fielmente el comportamiento manifiesto del niño está sucediendo un tipo de respuesta acorde a éste.

2. El ajuste es en gran parte intermodal. Es decir el canal o modalidad de expresión usado por la madre para corresponder al comportamiento del niño es diferente al canal o modalidad utilizado por éste.

En el primer ejemplo, el nivel de intensidad y la duración de la voz de la niña son correspondidos por los movimientos corporales de la madre. En el segundo ejemplo, las características de los movimientos del brazo del niño se corresponden a rasgos de la voz de la madre.

3. Es más bien a algún aspecto del comportamiento que refleja el estado de ánimo del niño a lo que se amolda la madre, no al comportamiento per se. El ajuste parece tener lugar entre las expresiones de estado interno, expresiones que pueden diferir en modo o forma, pero que son hasta cierto punto intercambiables como manifestaciones de un solo, reconocible, estado interior. La tarea se centra en el comportamiento como expresión más que como signo o símbolo, siendo vehículos de transmisión la metáfora y la analogía.

4. En resumen: la sintonización de afectos es expresar la calidad de sentimiento de un estado afectivo compartido a través de un comportamiento. La imitación del comportamiento no es la expresión exacta del estado interno, ya que si esto fuera así el comportamiento de respuesta afectiva parecería robótico.

5. Sintonización e imitación, más que constituir una dicotomía parecen ocupar los dos extremos de un espectro.

a) La imitación no permite a la pareja referirse al estado interior, más bien mantiene el foco de atención sobre las formas de comportamiento externas.

b) Los comportamientos de sintonización, por otro lado, retoman el suceso y trasladan el foco de atención a lo que hay detrás del comportamiento, es decir a la calidad del sentimiento que se está compartiendo.

Es decir, la imitación es el modo predominante de enseñar formas externas y la sintonización idéntica vía para comunicar o indicar la compartición de estados de ánimo internos. La imitación da forma, la sintonización sentimiento.

EVIDENCIA PARA LA SINTONIZACIÓN

La existencia de la armonización es a primera vista una impresión clínica, quizás una intuición. Para operacionalizar esta impresión es necesario identificar los aspectos del comportamiento de una persona que podrían corresponderse sin imitarlos realmente. Stern y otros delimitan tres rasgos generales que pueden ser correspondidos, y que por lo tanto forman las bases de la armonización, sin representar una imitación. Estos son intensidad, ritmo (sincronía, tiempo) y forma. Estas tres dimensiones se dividieron en seis tipos de «conjuntación».

1. Intensidad absoluta. Donde el nivel de intensidad del comportamiento de la madre observable es el mismo que el del niño, independientemente del modo o forma de comportamiento. (Ejemplo: volumen de la vocalización de una madre y fuerza de un movimiento de brazo brusco realizado por el niño).

2. Nivel de intensidad: Los cambios de intensidad se conjuntan en el tiempo. Por ejemplo un esfuerzo vocal en la madre y físico en un niño pueden mostrar una aceleración en intensidad, seguida repentinamente de una fase de desaceleración aún más rápida.

3. Pulso temporal. Se conjunta en el tiempo una pulsación regular. Por ejemplo, una madre puede asentir con la cabeza y coincidir con el gesto del niño conformando el mismo pulso.

4. Ritmo. Se conjunta un patrón de pulsaciones de distinta intensidad.

5. Duración. Correspondencia, en términos de período de tiempo, entre los comportamientos del niño y su madre. En sí misma esta correspondencia, solamente, no es considerada como un criterio suficiente para que se cumpla una armonización.

6. Forma. Se conjunta algún rasgo espacial de un comportamiento abstraible y devuelto en un acto diferente.

Una vez establecidos estos criterios de «conjuntación» o «correspondencia» a partir de las dimensiones intensidad, ritmo y forma, se trabajó directamente con las madres que contestaron a una serie de preguntas en relación a sus «respuestas conjuntadas» con sus hijos:

¿Por qué hizo Vd. lo que hizo, de la manera que lo hizo y justo cuando lo hizo? ¿Qué piensa Vd. que sentía el bebé en el momento..? ¿Es Vd. consciente de su propio comportamiento cuando..? ¿Qué deseaba, proponía, quería realizar cuando..?

Se pidió a las madres que jugaran con los niños como lo harían en casa. La sesión de juego tuvo lugar en una agradable sala de observación llena de juguetes apropiados para la edad del niño. Se dejó solos a la madre y al niño durante 10 o 15 minutos mientras se grababa en vídeo su interacción. Esta grabación fué vista inmediatamente después por la madre y los experimentadores. Tras crear una atmósfera de trabajo colaborativa, cómoda, no inquisitiva, en la que la mayoría de las madres se habían sentido a gusto aliándose con los investigadores, —«alianza, investigación-terapia»— imprescindible para realizar este tipo de estudio colectivo, se pasó a plantear las preguntas enunciadas más arriba.

Se planteó la cuestión de cuando parar el flujo de interacción grabado y hacer las preguntas, estableciéndose los siguientes criterios: a) Que el bebé hubiera hecho alguna expresión afectiva-facial, vocal, de gesto o postura. b) Que la madre hubiera respondido de modo observable. c) Que el bebé hubiera visto, oído o sentido la respuesta.

Coincidiendo con estos criterios, se veía la cinta y se hacían las preguntas, pasándose el episodio grabado tantas veces como fuera necesario. Se resumen aquí los resultados de mayor relevancia para la presente discusión, que se obtuvieron de investigar junto con diez madres y sus hijos de 8 a 12 meses:

1) 48% de respuestas más comunes por parte de las madres fueron armonizaciones tras una expresión infantil de afecto. 33% de respuestas fueron comentarios y 19% imitaciones. Durante la interacción de juego las armonizaciones tuvieron lugar en una tasa de 1 cada 65 segundos.

2) La mayor parte de las armonizaciones ocurrieron a través de modos sensoriales. A una expresión vocal del niño era muy probable que siguiera una respuesta materna facial o

gestual y viceversa.

En 39% de los ejemplos de armonización las madres usaron modalidades distintas a las del bebé (armonización de modalidad cruzada). En 48% las madres usaban modalidades iguales a las presentadas por los niños (armonización intramodal) y algunas que eran combinadas. Pudo correlacionarse finalmente un 87% de modalidades cruzadas, si no total, al menos parcialmente.

3) Analizando los rasgos generales de la armonización —intensidad, tiempo y forma— pudo delimitarse que las conjunciones de intensidad fueron las más comunes, seguidas de las de tiempo y en último lugar las de forma. En la mayoría de las ocasiones se conjuntaba más de un rasgo. (Ej: pulso y forma en el ejemplo del movimiento del brazo del niño arriba y abajo correspondido por el movimiento de cabeza de la madre).

Desglosado en porcentajes se concluye: Correspondencias de intensidad 81%, duración 69%, intensidad absoluta 61%, forma: 47%, pulso 13% y ritmo 11%.

4) La explicación más común de las madres a su actuación era «estar con el niño», «compartir», «participar», «unirse». Estas funciones podrían entenderse como de «comunidad interpersonal», o sea compartir la experiencia ajena sin intentar cambiar lo que la persona está haciendo o creyendo, versus la función de comunicación. Esta última implica un intercambio de información, o su transmisión, para alterar el sistema de ideas o acción del otro.

5) «Desintonizaciones». En ciertas ocasiones la madre correspondió intencionalmente poco o demasiado a la intensidad, tiempo o forma del comportamiento del bebé. Se definió este tipo de sintonizaciones como «**Afinamiento**» (tuning). Se trataba de que la madre comprendiera, se adentrara en el estado emocional del niño y que lo expresara lo suficientemente mal para que se alterase el comportamiento del bebé, sin que se rompiera la sensación de una armonización en proceso.

Las «**verdaderas desintonizaciones**» implicaron a la madre identificando incorrectamente la cantidad y/o calidad del estado emo-

cional del niño. O bien fué incapaz de encontrar el mismo estado en sí misma.

6) En 24% de los períodos de interacción la madre juzgó haber sido totalmente inconsciente de su comportamiento. En el 43% parcialmente consciente y en el 32% completamente, aunque en este último porcentaje las madres se referían por lo común a las consecuencias que deseaban con su comportamiento, más que a lo que hicieron en realidad. Se consideró que los procesos de sintonización ocurrían de forma inconsciente en la mayoría de los ejemplos.

No es difícil determinar experimentalmente que los «afinamientos» y las «desintonizaciones» influyen en el comportamiento infantil alterándolo o interrumpiéndolo. Después de una sintonización el bebé actúa como si nada especial hubiera pasado. No se interrumpe su actividad y no tenemos evidencia de que le haya llegado el efecto de la misma, sólo podemos especular si efectivamente ha tenido una consecuencia psíquica o no.

Para comprender mejor el proceso se elige el método de perturbar interacciones en marcha y ver qué sucede. Crear perturbaciones concretas en la interacción es un método de investigación establecido en la infancia, recordemos el procedimiento de «cara inmóvil» en que el padre o la madre muestran su rostro pasivo y sin expresión en medio de una interacción. Pudo verse que niños de 3 meses reaccionan con una retirada social tras intentar inútilmente hacer que el flujo de interacción continuara normalmente.

Las perturbaciones de sintonización se plantearon a pares específicos en el presente trabajo. La madre observó junto a los investigadores la grabación de un episodio de sintonización concreto. Tras discutirlo, los técnicos instruyeron a las madres sobre como perturbar su estructura, volviendo a la sala de observación y llevando a cabo la perturbación planeada al surgir el contexto apropiado. Veamos dos ejemplos:

Un niño de 9 meses se aleja gateando de su madre hacia un nuevo juguete. Boca abajo lo golpea y agita, vocalizando animadamente. Entonces la madre se aproxima por detrás

fuera de su vista, le pone una mano en el culito y le mece. Parece que la velocidad e intensidad del movimiento de la madre se corresponde perfectamente con la actividad desplegada por el niño. No existe respuesta del niño a la armonización, continúa jugando sin perder el ritmo. Este tipo de interacción era típico de este par.

Se instruyó a la madre a «equivocarse», pretendiendo que el bebé estuviera algo menos excitado de lo que parecía y que ella se comportase de acuerdo a ésto. Al disminuir la velocidad e intensidad del zarandeo el bebé interrumpía su juego instantáneamente y se la quedaba mirando, como si preguntara «pero bueno, ¿qué pasa?». El procedimiento se repitió con el mismo resultado.

La segunda perturbación se planteó de forma opuesta; la madre fingió que el bebé tenía un grado de animación mayor y lo mecía así en consecuencia. El niño también notaba la discrepancia y se paraba. Al pedirle a la madre que volviera a zarandearlo correctamente, el bebé, de nuevo, no respondió.

Puede argüirse que el comportamiento de la madre es simplemente *una forma de reforzar*. El simple refuerzo no justifica la sintonización, aunque ésta cumpla también las funciones de refuerzo. Aquí velocidad/intensidad estaban en relación por parte de la madre y del niño, no sólo por la madre, la cual imaginaba que probablemente le animaba a seguir con su actuación. Los fenómenos refuerzo y sintonización están en muchas ocasiones indudablemente mezclados y cumplen distintas funciones en la relación que se está desarrollando.

Tras experimentar varias perturbaciones del tipo de las comentadas, se hace evidente que el niño tiene realmente una percepción de la sintonización y que la «comunidad interpersonal» creada por ésta va a jugar un rol importante. Se refiere el autor al proceso por el cual el niño llega a reconocer que los estados afectivos internos son formas de experiencia humana que pueden compartirse con otras personas. Lo contrario también es cierto: estados afectivos no sintonizados no serán experimentados en solitario, aislados del contexto inter-

personal de la experiencia compatible. Lo que el autor nos plantea aquí es nada menos que la forma y extensión del universo interior compatible.

MECANISMOS FUNDAMENTALES PARA LA SINTONIZACIÓN. UNIDAD DE LOS SENTIDOS

Si un gesto materno se va a corresponder con una cierta exclamación del niño, ambas expresiones deben compartir alguna característica común que les permita la transferencia de una modalidad o forma a otra. Esta característica común es la «amodalidad» o sea que distintas modalidades sensoriales son intercambiables.

Hay algunas características o cualidades que tienen en común casi todas o todas las modalidades de percepción; se incluyen: intensidad, forma, tiempo, movimiento y número. Cualquiera de ellas puede ser abstraída por cualquier sentido y trasladada a otra modalidad de percepción. Como ejemplo se puede considerar que un ritmo «largo-corto» (— -), puede ser expresado o abstraído desde la vista, el oído, el olfato, el tacto o el sabor. Para que esto pueda suceder, el ritmo debe existir de forma que no esté únicamente relacionada con un modo especial de percibir, sino que sea suficientemente abstracta para que sea transportable a diversas modalidades. La existencia de estas representaciones de propiedades amodales nos permite experimentar un mundo perceptualmente unificado.

Especialistas de desarrollo como Bower afirman que desde los primeros días de la vida el niño forma y actúa sobre representaciones abstractas de las cualidades de percepción.

Numerosos trabajos evidencian que los niños pueden percibir o experimentar intensidad, tiempo y forma de una manera amodal.

Recordemos que la cuestión de la unidad de los sentidos se remonta en nuestra cultura a Aristóteles, resumiéndose actualmente el problema en lo que Marks llama la «Doctrina de Información Equivalente», que afirma que

los distintos sentidos pueden informar sobre las mismas características del mundo exterior.

¿QUÉ ESTADO INTERNO SE ESTÁ SINTONIZANDO?

Se sintonizan afectos categóricos discretos como alegría y tristeza, y también afectos vitales como explosiones y «apagones». En realidad la mayoría de las sintonizaciones parecen tener lugar con afectos vitales.

Se refiere el autor a aquellas cualidades del sentimiento dinámicas, motrices, que distinguen lo animado de lo inanimado y que corresponden a cambios momentáneos en los estados de ánimo implicados en los procesos orgánicos del estar vivo.

Los afectos vitales son experimentados como cambios dinámicos o que siguen un modelo dentro de nosotros mismos o en otro.

El autor se esfuerza en establecer los afectos vitales como entidades, distintos de lo que se entiende generalmente por activación, distintos de otras categorías de afectos y que ahora se vuelven imprescindibles para entender la sintonización.

Cada 30 a 90 segundos tienen lugar muestras de afecto discretas en una interacción madre-hijo tipo. El seguimiento afectivo o la sintonización con otro constituye un proceso ininterrumpido, lo que no podría ocurrir si estuviera limitado a afectos categóricos. La sintonización afectiva debe ser capaz de trabajar virtualmente con todos los comportamientos. Precisamente ésa es una de las grandes ventajas de los afectos vitales. Se manifiestan en todos los comportamientos y pueden ser así un sujeto casi omnipresente de comportamiento.

Las sintonizaciones se pueden realizar con la cualidad del sentimiento con el que un niño trata de alcanzar un juguete, sujetar un bloque, dar una patada o escuchar un sonido. En la experiencia del autor la conexión de sentimientos, el estar en armonía con otro para seguir y sintonizar con afectos vitales, el «estar con» de una persona con otra se entiende

como compartir experiencias internas similares de un modo casi continuo. Se trata de buscar el contorno de activación que está sucediendo en cada momento y en todos y cada uno de los comportamientos y usar ese contorno para mantener el hilo de la comunicación ininterrumpido.

SINTONIZACIÓN COMO UN PELDAÑO HACIA EL LENGUAJE

Sintonizar es retomar, reelaborar un estado subjetivo. El estado subjetivo es el referente y el comportamiento manifiesto una de las posibles manifestaciones o expresiones del referente. Por ejemplo un nivel y calidad de exuberancia o gozo puede expresarse como una vocalización única, como un gesto único o como una única expresión facial. Toda manifestación tiene algún grado de sustituibilidad como un significante reconocible del mismo estado interno. Así la sintonización retoma comportamientos por vía de metáforas y analogías no verbales. Si podemos imaginar una progresión de desarrollo de la imitación a los símbolos a través de la analogía y la metáfora, este período de la formación del yo (sentido de un yo subjetivo), proporciona la experiencia esencial hacia la simbolización.

Referencia de Autores

- ROSE Y SATRAN (1965).
 ALS Y BRAZELTON (1979).
 MOSS (1973), BEEBE (1973), STERN (1974, 1977), FIELD (1977), BRASELTON (1979), PAPOUSEK Y PAPOUSEK (1979), TREVARTHAN (1979), FRANCIS (1981), UZGINIS (1981, 1984), KAYE (1982), MALATESTA E IZARD (1982), MALATESTA Y HAVILLAND (1983).
 KAYE (1979), UZGINIS (1984).
 STERN (1977).
 KAYE (1979).
 UZGINIS (1984).
 PIAGET (1954).
 MALATESTA E IZARD (1982).
 WOLFT (1969).
 SINNER (1971), SAGI Y HOFFMANN (1976).
 LIPPS (1906).
 TREVARTHAN (1977, 1978, 1979, 1980).
 MAHLER (1975), KOHUT (1977), LACAN (1977).
 SCHAFER (1968), HOFFMANN (1978), ORNSTEIN (1979), BASCH (1983), DEMOS (1984).
 HOFFMANN (1978).
 TRONICK (1978).
 BOWER (1974).
 LEWCOWICZ Y TURKEWITZ (1980), MARKAIN (1983), KUHLE Y MELTZOFF (1982).
 Gran parte del trabajo teórico de los GIBSONS (1959, 1969, 1979), PIAGET (1954), T. BOWER (1974) y otros se refiere a este tema.
 SANDER (1977).
 D. STERN (1985).